

VOLVER A PARTIR DE DON BOSCO Y DE LOS JOVENES ENCUENTRO CON LA FAMILIA SALESIANA

Las Palmas de Gran Canaria, 12.03.'16

Después de las celebraciones del Bicentenario del Nacimiento de Don Bosco es importante saber de dónde partir y qué cosa hacer.

1. Volver a don Bosco

Nuestro primer compromiso es el de amar a don Bosco, estudiarlo, imitarlo, invocarlo y hacerlo conocer para volver a partir de él, descubriendo sus atrayentes inspiraciones, sus profundas aspiraciones, sus irrenunciables convicciones, haciendo nuestra su pasión apostólica más honda que brota del corazón de Cristo. No se trata de nostalgia del pasado, sino de búsqueda de caminos de futuro. Don Bosco es nuestro criterio de discernimiento y la meta de nuestra identificación.

En su actividad incansable lo que más nos sorprende es precisamente la formidable integración entre acción y unión con Dios, se trata de la gracia de unidad, fruto de no haber tenido más que una sola causa por la que vivir: los jóvenes, su felicidad, su salvación. Dice don Rua a este respecto: "no dio paso, no pronunció palabra, no realizó obra alguna que no tuviera como mira la salvación de la juventud... Realmente no buscó nada más que las almas".

Don Bosco entendió la propia vida como vocación y como misión; él se sentía llamado por Dios y enviado a los jóvenes. De hecho se hizo santo entregándose completamente a los jóvenes, viviendo en medio de ellos, amándolos como tal vez ningún otro santo los haya amado. Este es, pues, el secreto de su santidad y de su éxito como educador, sacerdote, fundador: la primacía de Dios. Sólo Dios fue el centro de gravedad de su acción, el manantial de su vida teologal, la fuente de su pasión apostólica. Volver a don Bosco es criterio de renovación espiritual, de santidad salesiana y por tanto de eficacia apostólica (Cf. Const. SDB 21)

2. Volver a los jóvenes

Volver a don Bosco significa volver a los jóvenes con un amor por todos, que no excluye a ninguno, sino que favorece a todos: los más “pobres, necesitados, en peligro”. Se trata de ir a su encuentro, de escuchar sus necesidades, de encontrarlo con alegría en la vida cotidiana, atentos a sus llamadas, dispuestos a conocer su mundo, a animar su protagonismo, despertar su sentido de Dios, proponerles itinerarios de santidad según la espiritualidad salesiana (Cf. 26 CG).

Hoy todos nos sentimos interpelados por los jóvenes, por sus retos y esperanzas de vida, por su deseo de libertad y amor, por la dificultad de comprender su lenguaje. Y no hay más opción que la de ir a su encuentro, dar, como Don Bosco, el primer paso para escucharlos y acoger sus expectativas y sus aspiraciones, que para nosotros se convierten en opciones fundamentales. Todo esto habla de una acogida incondicional de los jóvenes como punto de partida para construir una relación educativa eficaz.

No deberíamos nunca olvidar que los jóvenes para nosotros no son un pasatiempo y tampoco un trabajo que tenemos que realizar lo más rápidamente posible y de cualquier manera. Los jóvenes para nosotros son misión, son la razón de nuestro ser, son el “lugar teológico” (Const. SDB 95), son el camino de nuestra experiencia de Dios y de nuestra santificación, por eso son la parte mejor de nuestra herencia.

De la fidelidad a la misión por y entre los jóvenes depende la renovación de nuestra Congregación y de toda nuestra Familia. Nosotros estamos consagrados por el Señor para ser apóstoles de los jóvenes. Sólo de este modo podemos volver a don Bosco.

3. Vivir la espiritualidad de don Bosco

Para superar la mediocridad espiritual, que nos priva de la capacidad de tener una actitud y una mirada de fe, es absolutamente necesario conocer, profundizar e vivir la espiritualidad de don Bosco. Es verdad en efecto que

conocemos su historia, que ha sido muy estudiada por los historiadores, y también su pedagogía, investigada en profundidad por nuestros pedagogos, pero conocemos mucho menos su experiencia espiritual y su espiritualidad.

El conocimiento de las vicisitudes de la vida de don Bosco, de sus actividades y de su método educativo no basta. En la base de todo, como fuente de la fecundidad de su obra y de su actualidad, hay algo que frecuentemente se nos escapa: su profunda experiencia espiritual, la que podríamos llamar su *familiaridad* con Dios. No debería maravillarnos que la espiritualidad de don Bosco haya sido definida “la continua unión con Dios”, constituida por una laboriosidad incansable, santificada por la oración.

Una verdadera y profunda vida espiritual no es sin embargo posible sin la frecuentación cotidiana de la Palabra de Dios y de la Eucaristía, que constituyen el centro existencial de la vida de un apóstol y de una comunidad de apóstoles.

Sin esta familiaridad caemos fácilmente en el activismo, produce solamente estrés psicológico, cansancio físico hasta el agotamiento (‘burned out’), insensibilidad a las necesidades de los otros, superficialidad espiritual. Con razón el activismo puede ser considerado como la nueva herejía, que hace creer que todo depende de nosotros y de nuestra acción y que podemos prescindir de Dios, olvidando lo que dice Jesús “Sin mi no podéis hacer nada” (Jn, 15,8)

Ha llegado la hora de volver a dar al Espíritu el protagonismo que le es propio y de recuperar el primado de la gracia. Sólo así es posible la experiencia de Dios, sin la cual no hay misión salesiana, porque ésta consiste no en el hacer cosas, sino en el ser “signos del amor de Dios”. Debemos cuidar nuestra intimidad con el Señor Jesús, que nos hace discípulos enamorados y por tanto apóstoles entusiastas.

Es obvio por ello que tengamos necesidad de rezar y de transformar nuestra acción en oración, hasta llegar a ser contemplativos en la acción, teniendo en cuenta que lo que buscamos no es solamente la promoción humana y la creación de una cultura de valores, sino la salvación de los jóvenes.

4. Contemplar el corazón de Cristo

Todo esto está en línea con lo que el Rector Mayor escribía en una de sus primeras cartas a los salesianos, en la cual decía que “ el verdadero reto actual de la vida consagrada es el de devolver a Cristo a la vida religiosa y la vida religiosa a Cristo, sin darlo por descontado” (ACG 282, 20, 2003). Hoy más que nunca debe ser clara nuestra identidad cristiana y, en el caso de los consagrados, nuestra vocación de ser “memoria viviente del modo de existir y de obrar de Jesús obediente, pobre y casto” (CV, 22).

Para nosotros miembros de la Familia salesiana la pasión del “da mihi animas, cetera tolle” pasa necesariamente por la contemplación de Cristo. Esto supone la necesidad de conocerlo más profundamente, de amarlo más intensamente, seguirlo más radicalmente. (cfr. Cons. SDB 34).

No por casualidad la imagen cristológica que mejor representa la figura del Salesiano es la del Buen Pastor, tal como la contempló don Bosco, que halló en Él los elementos fundamentales de su misión , sintetizada en su amor pastoral hasta el punto extremo de dar la vida por los suyos.

En Jesús Eucaristía don Bosco descubre el misterio inefable del amor. En Él don Bosco ve al Redentor que trae la Salvación. En Jesús contempla el Maestro y Modelo que hay que seguir; ve al Amigo y Compañero de camino. En una palabra, en Jesús don Bosco contempla al Buen Pastor dispuesto a dar la propia vida por el bien de su rebaño. De aquí surgen su solicitud por predicar, sanar y salvar.

5. Asumir la pasión apostólica del “da mihi animas”

El volver a don Bosco y el volver a los jóvenes constituyen las raíces y el horizonte de la identidad y de la misión salesiana. Don Bosco fue ante todo un apóstol y toda su vida estuvo determinada por la urgencia de salvar a los jóvenes más pobres y necesitados. Don Bosco fue el hombre de una sola pasión.

Este impulso apostólico, que non lleva a gastar todas nuestras energías por los jóvenes, hoy se llama “caridad pastoral”. Es tal vez la expresión más fiel del programa espiritual y apostólico que don Bosco vivió y nos dejó con el lema “da mihi animas” (cfr. Const. SDB 4). Estamos convencidos de que el lema elegido y vivido por don Bosco representa para todos nosotros la síntesis de nuestra espiritualidad, de la mística y de la ascética salesiana.

Tal impulso concentra toda la energía de su amor, toda la caridad, toda la pasión por las almas de los jóvenes. Para don Bosco trabajar por la salvación de las almas era la más santa de las obras. Esto era consecuencia de su ser sacerdote. Para esto se hizo sacerdote y en su vida no quiso ser otra cosa que sacerdote.

En el programa de vida de don Bosco hallamos la motivación y el método para afrontar, con ánimo y lucidez, los actuales retos culturales, porque el “da mihi animas” pone en el centro de nuestra vida el sentido de paternidad de Dios, las riquezas de la muerte y resurrección de Cristo, la energía del Espíritu y, al mismo tiempo, estimula a hacer conocer y gustar a los jóvenes estas potencialidades, de tal modo que tenemos ahora una vida feliz y podamos gozar la salvación eterna.

Para ello es absolutamente indispensable recalentar el corazón, volviendo a partir de Cristo y de don Bosco. No se trata de un entusiasmo pasajero, sino de un compromiso de conversión, de encuentro con el Señor, dejando que Él hable a nuestro corazón y nos ayude a encontrar en Él las mejores energías. Se trata, verdaderamente, de hacer que el Señor Jesús penetre en nuestro ser y venga a darnos alegría y gusto, a reforzar nuestras convicciones, a estimularnos a caminar en el signo de la fidelidad a la alianza, ordenando nuestra vida personal, comunitaria e institucional, según los valores del Evangelio y según el carisma de don Bosco.

6. Sentir la urgencia de evangelizar

Volver a don Bosco quiere decir también volver la mirada a los orígenes. No podemos olvidar que la Congregación salesiana “en su comienzo era una simple catequesis”. Como nuestro fundador y padre nosotros estamos llamados a ser “educadores de la fe” y como él debemos caminar con los jóvenes para llevarlos al encuentro con el Señor Resucitado.

Por eso la evangelización constituye el centro de nuestra misión y hoy más que nunca debemos sentir la urgencia de privilegiar la presencia evangelizadora entre los jóvenes.

La misión salesiana se desarrolla dentro de la misión de la Iglesia, cuya tarea fundamental consiste precisamente en el realizar el anuncio y la transmisión del Evangelio. El anuncio del Evangelio no es una actividad posible entre las actividades pastorales de la Iglesia. Es su misión. La Iglesia existe para evangelizar y la evangelización constituye su más profunda identidad.

La evangelización es urgente hoy para la Iglesia, no sólo porque la sociedad esta yendo rápidamente hacia una fuerte secularización - y esto hace simplemente más apremiante nuestro compromiso- sino porque es su misión esencial. La Iglesia presenta hoy tal urgencia como una nueva evangelización, transformándola así en un auténtico programa pastoral para el tercer milenio. Se trata de anunciar la persona de Cristo y su forma plenamente humana de existencia y de este modo llevar a los jóvenes a adherirse a Él y llegar a ser sus discípulos.

El hecho de tener que estar atentos a los nuevos contextos socioculturales , a los signos de los tiempos, a los retos que nos vienen del mundo y de los jóvenes, en lugar de ser una razón para no evangelizar nos empuja a dar más calidad a nuestra acción evangelizadora. La globalización, el secularismo, el pluralismo, el relativismo marcan el escenario, en el que hoy deber resonar la buena noticia que da al hombre luz y esperanza.

La nueva evangelización presupone y exige nuevos evangelizadores, llenos de entusiasmo, alegría y credibilidad de testimonio; evangelizadores animosos en el anuncio, que confían en el hombre moderno, humildes y serviciales, dialogantes, abiertos al pluralismo, con un lenguaje que exprese el Evangelio en las categorías de la cultura de hoy. Se trata de presentar la fe como adhesión a una Persona y a su mensaje. De aquí nace el imperativo de ser nosotros primero evangelizados.

La urgencia de evangelizar presupone sobre todo un esfuerzo de renovación espiritual y pastoral. Sin esto la evangelización se convierte en proselitismo y no en creación de una verdadera comunidad de creyentes unidos por la fe en la persona de Jesús, que obran con la fuerza de la caridad y saben testimoniar con la vida lo que profesan con la boca y con el corazón.

Ha llegado el momento de traspasar el umbral de la timidez y de anunciar con convicción, alegría y valentía a Jesús y su Evangelio, como el don más grande que el Padre nos ha dado y que nosotros podemos dar a todos.

Como Familia Salesiana nosotros evangelizamos educando. No cualquier evangelización educa y no cualquier educación evangeliza, precisamente porque educar y evangelizar son dos acciones diversas, con finalidades diversas y métodos propios. Mientras la primera se sitúa en el ámbito de la cultura, la segunda se coloca en el de la fe, pero las dos actúan en la unidad del sujeto al que van dirigidas, las dos tienen la persona como destinataria, las dos buscan su crecimiento y desarrollo. Por eso, para formar “honestos ciudadanos y buenos cristianos”, nuestra praxis debe unir indisolublemente educación y evangelización.

7. Bajo la guía de María

Volver a don Bosco nos lleva necesariamente a descubrir el papel que María tuvo en su vida. Si su vida gira en torno a Dios, podemos decir que también gira en torno a María. La Virgen estuvo siempre presente en su camino. Ella fue la maestra y la guía en la búsqueda y cumplimiento de la voluntad de Dios.

Sabemos que desde niño Mamá Margarita lo consagró a la Virgen y le enseñó a invocarla tres veces al día; la Virgen María poco a poco se convirtió para él en una experiencia de vida, una verdadera madre que lo acompañaba a todas partes. En el sueño de los 9 años Jesús se la entrega como la Maestra que lo guiará en la misión que le ha confiado. Él estaba tan convencido de que María lo guiaba que afirmó que “Ella es la fundadora y la sostenedora de nuestra obra”. Si es verdad que don Bosco es el santo de María Auxiliadora, es igualmente verdadero que María Auxiliadora es “la Virgen de don Bosco”.

A ella nos confiamos y a ella queremos confiarle nuestra Familia Salesiana, nuestros colaboradores, los jóvenes del mundo. Ella, sin duda y según la promesa de don Bosco, continuará guiándonos y nos ayudará a expresar hoy y en el futuro el carisma salesiano en toda su riqueza y fecundidad.

*Don
Pascual Chavez V., sdb*